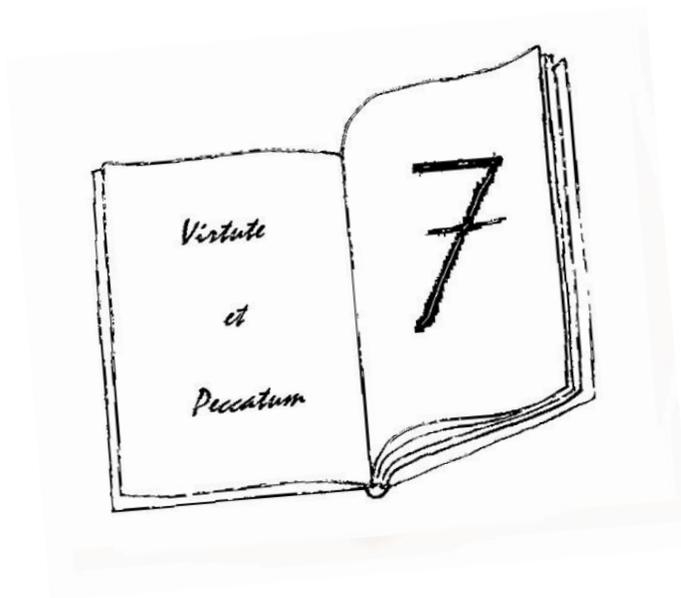


Obsesiór

libro I: Soberbia



PREFACIO

El séptimo día llegaba a su fin, cuando del sur apareció una sombra caminando a través de las inhóspitas calles de Pueblo. En su andar se apreciaba cuan cansado estaba, después de haber recorrido tantos lugares. Pero las inmundicias del camino, y los cadáveres que encontraba sobre éste, le daban vida. Ayudándolo fácilmente a olvidar el dolor y las heridas de las últimas peleas, que el mismo había ocasionado.

Tras haber pasado uno de los callejones, de la última hilera de casas del sureste, el hombre nacido como la Envidia, se detuvo. Desde el lugar donde estaba, se podía apreciar el Sendero de los Abedules, que correspondía al Cerro Purgatorio de Pueblo, el Cerro del Rito. Y desde ese mismo lugar, la espectral Envidia, se escondía de todos sus enemigos mientras esperaba para continuar.

Pasando los minutos, y cuando encendía un cigarro, pudo observar a un grupo de gente que iba pasando al ras de la falda. Para evitar ser vistas, esas personas iban cubiertas de pies a cabeza, con sabanas rotas. Mientras los veía escabullirse en dirección al Rito, apareció el General Segundo de Pueblo. Mientras se abrochaba la gabardina de su negro uniforme, se acercó hasta el forastero. Lejos de saludarse, los dos hombres guardaron silencio, para no ahuyentar a aquellos que ensalzaban rezos hacia la cima.

Repentinamente, tres del grupo que rezaba, se separaron para acercarse a los cadáveres que adornaban las calles del Rito.

-Hay que movernos de aquí, Kira.

-Aun no. Espera un segundo y míralos. Solamente míralos.

Al escuchar a Kira, el General vio, como de su afilado rostro aparecía una tétrica sonrisa. Aquel malévolos gesto, era incitado por los poeblereños que hurgaban a los muertos, en búsqueda de comida o algunas monedas.

-¡Cuanta miseria! De verdad que se ven miserables... ¿Cómo no te puede gustar esto, Adler? Es un verdadero espectáculo el que tu pueblo está ofreciendo. -Decía Kira con voz de regocijo.

Súbitamente, un fuerte sopló del viento, provocó que se rompiera el foco del farol, que alumbraba aquella cruel imagen con la que se estaba entreteniéndose.

Adler se alejó un poco de Kira, sin dejar de observar su rostro, que se dibujaba con el más puro odio, a causa de la interrupción del viento. En ese preciso momento, la cima del Rito se perdió tras una inmensa neblina.

-Ya saben que estoy aquí...

-Deberías de irte. Escóndete cerca de la mansión. Te alcanzo cuando haya terminado con esto.

Se apresuró a decir el General, mientras apretaba desde afuera de su uniforme, un valioso objeto que colgaba de su cuello.

-Esconderme no sería una mala idea, sino estuviera corto de tiempo... Tú tampoco tienes mucho tiempo, General. Por eso, debes de apresurarte y subir, antes de que la guerra también pise éste lugar.

-Iré de inmediato por mis coroneles... -empezaba a decir Adler, cuando se percató, de que Kira se había perdido entre la inmensa oscuridad.

-Sí, ve por ellos. Porque si subes tu solo, lo vas a lamentar. –Le advirtió Kira, al aparecérsese por la espalda, y antes de volver a desaparecer tras la negrura de la calle.

-No necesitas decírmelo. Yo sé cómo hacer mi trabajo.

Al callarse el General Adler, se escucharon las tétricas carcajadas de Kira. La risa de la envidia provocó, que los poeblereños que rezaban y buscaban alimento, pronunciaran su nombre con horror, y huyeran del lugar. Después de alegrarse de la reacción causada por su presencia, Kira volvió a aproximarse a Adler, para decirle un poco molesto:

-Te confías demasiado. Aun no liberas a Elis, y ya hablas con prepotencia.

-No es prepotencia, es confianza en mí mismo. Y esa es la razón, por la que tú me buscaste a mí para ayudarte.

Al escucharlo, un trueno despertó a la lluvia. En pocos segundos, el agua pudo empaparlos, y aplastar sus largas cabelleras negras.

-Si eres el mejor, como me han hecho creer, ya lo demostraras con mi hermana. Y si todo resulta como lo he planeado, lograrás que la envidia que te sigue se incremente; y que tu fama crezca sin control.

Con aquellas palabras, el General no pudo evitar sonreír. Sin embargo, su infima alegría se esfumó, cuando vio pasar un caballo negro a gran velocidad, a varios metros hacia el norte. Aunque la luz de las lámparas era tenue, y la lluvia se intensificaba, Adler pudo ver la alargada figura oscura, que montaba al caballo. El General no pudo evitar, que la presencia del Jinete Negro lo invadiera con terror, aun cuando ya había desaparecido detrás de los arboles marchitos, del final de la calle.

-Ya entraron. Ahora te será más fácil subir, y sacar a Elis.

Después de escuchar, nuevamente desde la oscuridad, la voz de Kira, Adler apretó contra su pecho lo que su uniforme ocultaba. Y sin darse más tiempo, para pensar en el espantoso camino que lo esperaba, caminó en reversa unos pasos. Cuando el General observó por un momento, la cumbre del Rito, se dirigió de inmediato hacia el lugar donde había estacionado su carro.

Una vez que lo vio desaparecer, Kira sacó una pistola de adentro de su abrigo gris; y se sentó sobre una roca que pegaba a la derecha del poste. Luego de encender con dificultad un cigarro mojado, levantó su pistola, y le disparó al foco del poste. Varios vidrios rasparon su cabeza, sangrándolo un poco, pero ninguno clavándose para lastimarlo gravemente.

Sentado bajó las tinieblas, y sin importarle el hilo de sangre que le escurría en la sien, Kira se dispuso a contemplar el Cerro del Rito. Cuando la lluvia y la neblina le permitieron ver un poco de la luz de la casa en la cima, escuchó el motor del carro del General Adler alejándose. Y fue pensando en él, que recordó el rosario que colgaba del cuello de este último. El rosario era la única razón, por la que lo había escogido de entre todos los soldados para ayudarlo. Pero eso no se lo diría jamás. Como jamás aceptaría, que ninguno de sus seis hermanos viviera tranquilamente en las Casas Purgatorio, mientras el deambulaba perdido y en dolor; por los pueblos del llamado Ultimo Infierno.

CAPITULO I

Elis... Elis...

El silencio de la madrugada del lunes fue quebrantado por el ruido de una áspera voz. Aquel sonido solamente se concentraba en la cima del Cerro del Rito.

Elis...

El llamado fue incrementándose hasta que logró traspasar la descomunal puerta de piedra blanca, del terreno encima del añoso cerro.

Elis...

Al cuarto llamado, la voz pudo penetrarse a través del extenso jardín verde.

Elis... ¡Elis!

Cuando aquella voz se tornó en un grito de desesperación, traspasó los pilares de la única casa sobre el Cerro del Rito, hasta alcanzar los oídos de la mujer causante del llamado. Al percibir aquel tormentoso sonido, sus ojos se abrieron

abruptamente y su cuerpo se estremeció por completo. Sin embargo, cuando el deseo de acudir al llamado logró incitarla, se apresuró a cerrar los ojos, en un intento por ignorarla.

Elis continuó rezando aunque el sonido persistía en su cabeza.

Pasados unos segundos, el único sonido que se percibía, en la imponente Casa Purgatorio del Rito; provenía de la tenue voz de la mujer de pelo cobrizo y piel apiñonada. Aquella que fue encerrada en la cima, para evitar que corrompiera a los pueblos como lo hizo su madre Camelia, la mujer que arrastraba el pecado de la Soberbia. Y por treinta y un años, Elis había vivido en Humildad, logrando mantenerse dentro de una de las cinco casas donde se purgaban los pecados. Si, lejos estaba de salir y convertirse en la atrocidad, que era su madre.

Pero el buen tiempo cambió para Elis, al enterarse que alguien había liberado a su hermano Kira, y que éste, se estaba encargando de sacar al resto de sus hermanos de las cinco casas Purgatorio, para que esparcieran sin piedad, el pecado con el que habían nacido. Con esa principal razón, Elis rezaba sin descanso. Aterrorizada estaba, porque no quería abandonar la Casa del Rito, sabiendo que no sería lo suficientemente fuerte, para rehusarse a seguir a sus seis hermanos.

Y mientras esperaba ansiosa, en la soledad del Rito, la temperatura de Pueblo descendió bruscamente; y la voz masculina que la llamaba, volvió a aparecer.

Elis...

En el instante en que volvió a escuchar aquella densa voz, el corazón de Elis comenzó a latir apresuradamente, mientras que sus ojos se hundían con temor. El miedo estaba estampándose en su rostro, y quebrando la serenidad de su cuerpo. Por eso mismo, abrió los ojos y dejó de rezar. Pero una mano tibia y ligera, se apoyó en su hombro derecho regresándola a su antigua posición. Cuando Elis sintió la cálida presencia de su acompañante puso la cabeza sobre su mano, y dijo con voz pausada:

-Es él. Ya está aquí, está afuera... ¿Qué podemos hacer, Caio? ¿Qué vamos hacer?

-No temas. Ahora es cuando más fuerte debes ser. Recuerda que si no te dejas confundir, ni pierdes tu fé, Kira no te arrastrara al infierno.

Elis asintió, tratando de calmarse, para que su agitada respiración volviera a la normalidad. Al mismo tiempo, sus pardos ojos se fijaron en la enorme sombra amiga, que las velas de su alrededor, le dibujaban de frente.

-Hace un momento se escucharon disparos y gritos. ¿Es que Kira ha...?

-Tu hermano finalmente ha traído la guerra a Pueblo. Y lo que has escuchado, fue a la familia de Rheum, quienes han roto el pacto por seguir a los pecados. Si, Elis, muchos hombres y mujeres han muerto en las últimas horas, aquí, y en los otros pueblos.

Al escuchar estas palabras, los ojos de Elis se hundieron tras las lágrimas.

-Llorar no impedirá que él se acerque. –Le afirmó su acompañante, al limpiarle con un suave toque de su mano, las lágrimas que no dejaban de fluir.

Aquel hombre alto, a quien Elis llamaba Caio, vestía un uniforme blanco, cargando en la espalda, una larga capa de un color rojo intenso. Y del cinturón de

lino de su uniforme, colgaba una grande espada, cual el mango de acero, estaba cubierto de pequeños rubís y zafiros. Su rostro era cuadrado y sus ojos eran grandes y brillantes. Caio fue el General de la poderosa Legión de Guardias Paradeisos, encargados de mantener la paz y el orden en los pueblos del Ultimo Infierno. Pero en la Guerra de los Seis Pueblos, la mayor parte de sus compañeros y hermanos de la Legión murieron a manos de las tropas comandadas por un ex miembro de la Guardia y padre de Elis, Samael. Este último, fue seducido por Camelia y sus cuatro hermanas, quienes regían a los pueblos y a sus habitantes, para obligarlo a traicionar sus creencias y arrastrar consigo a cientos de sus hermanos hacia el infierno. Al abandonar a la Legión, Samael cambió su nombre al Chacal, y se autotituló Jefe de la Familia del pueblo Dante, y máxima autoridad de las otras familias de los cinco pueblos restantes.

Cegado por la influencia y el dominio de Camelia, y sus cuatro hermanas; Samael provocó la guerra contra las cuatro Legiones de la Guardia Paradeisos: norte, sur este y oeste.

Fueron largos y sangrientos meses de batalla, entre las seis familias del Último Infierno contra la Legión de los Paradeisos. Meses de terror y angustia que acabaron, hasta que la guerra cobró la vida de muchas personas, que estaban dentro y fuera de las seis familias que regían en ese oscuro tiempo de grande maldad. Entre los resultados de la confusión provocada por el Chacal, sucedió la destrucción y pronto hundimiento, del pueblo Dante.

Del inmenso batallón de fieles servidores y creyentes del Creador, solo cuatro generales sobrevivieron, entre ellos el General Caio, último Guardia de la Legión del Sur. Y esos cuatro Guardias fueron los encargados de terminar con el reinado

del Chacal; y desaparecer por largo tiempo a la guerra que cayó con la confusión que él había creado.

Después de la guerra ocurrida hace veinte años, Caio se encargó de proteger y mantener lejos de los pueblos a los seis hijos de Samael. Una tarea que pudo cumplir perfectamente, hasta que alguien se atrevió a liberar a Kira, para desatar nuevamente el caos en el Último Infierno. Con la salida de los siete hijos de Samael se auguraba un nuevo reinado de terror y la futura destrucción de los cinco pueblos. Sin embargo, Caio y los otros guardias, estaban haciendo todo lo posible por evitarlo.

Y mientras seguía ideando un plan para detener a los hijos del Chacal, y a los que estos corrompían con su presencia, el Guardia Caio volvió al Rito, para asegurarse de que Elis no intentara seguir el camino de sus seis hermanos.

-Ya eres la única que queda dentro. Todos tus hermanos han sido alejados de las casas donde yo los escondí para protegerlos de los demás, y de ustedes mismos. –Le aseguró al alejarse un poco de ella, pues la notaba más tranquila.

-¿Sólo yo? ¿Por qué?

-No sé cuál sea el motivo de Kira para haberte dejado hasta el final, pero es cierto, que vendrá por ti. Y si tú aceptas y te dejas confundir, como pasó con los otros, te volverás una aberración, y te perderás para siempre. Y contigo, condenarás y destruirás a los pueblos; como lo están haciendo los otros hijos de Samael.

-Lo sé. Por eso yo...

-Lo sabes, por qué te lo he venido diciendo a través de los años, pero no lo has visto. Tú nunca has visto, lo que son capaces de hacer, aquellos que portan la sangre de Samael; y la sangre de tu madre y sus hermanas.

Al escuchar lo anterior, Elis perdió por completo la calma, que el mismo Caio le había otorgado. Observando su reacción, Caio volvió a acercarse a ella, para poner una mano sobre su cabeza, y así tratar de tranquilizarla.

-Sólo mantente alejada de tus hermanos hasta que hayamos logrado vencerlos. Pide por su paz, y por todos los que han muerto ahora que la Guerra ha regresado. Yo trataré de venir cuando pueda. Elis, no te abandonaré mientras permanezcas aquí.

-No me abandonarás... al menos que yo salga de aquí. Así siempre me lo habías advertido. También dijiste, que si yo salgo de aquí, ya no podría recibir tu ayuda, porque nunca sería capaz de escucharte; y tú también podrías perderte, como le sucedió a mi padre cuando conoció a Camelia.

Nuevamente el Guardia se alejó de Elis, y al darle la espalda pudo decir:

-Entonces, si bien recuerdas no olvides, para que nada cambie.

Con sólo esa simple advertencia, la cara de Elis volvió a dibujarse con tristeza y miedo. Y cuando de sus ojos salieron nuevas lágrimas, su acompañante volvió a inclinarse para secarlas, como lo había hecho anteriormente. Un instante después, se alejó para sentarse en la primera banca, de las cuatro que ocupaban la planta baja de la casa del Rito.

-Veo en tu tristeza que has entendido.

La mujer asintió, antes de coger una jarra de barro que estaba a su izquierda. Después de darle un gran sorbo al agua helada, dejó la jarra en el mismo lugar.

Enseguida, respiró, y se atrevió a preguntar, algo que había estado preguntándose a sí misma, desde que supo que Kira estaba libre.

-Caio, para evitar todo lo que sucederá, si yo abandono el Rito... ¿no sería más sencillo que yo estuviera muerta? ¿Qué tú...? ¿Qué tú me ayudarás a morir?

Al callarse, volteó la cabeza hacia donde estaba sentado el Guardia del Sur. Pero esté, ya no estaba atrás de ella, sino que estaba de pie. Caio le estaba dando la espalda, en un punto intermedio, donde el fuego de las velas lograban que su larga melena roja resplandeciera, y que su figura se viera aún más autoritaria.

-Elis, no pierdas nunca la fé.

La hija de Camelia escuchó, y no respondió. No dijo ni una palabra, hasta que la perturbación de su mente, y su congoja, la obligaron a susurrar:

-Pero yo también soy hija de Samael. Tal vez, llevar la sangre de Samael, es la razón por la que ninguno de mis hermanos pudo aferrarse a esa fé. Está en nosotros la maldad de Samael. Por eso no podemos resistirlo, o, por eso, no importa lo que hagamos o hayamos hecho, siempre será el mismo resultado al final.

Caio seguía escuchando atentamente, cuando se acercó, para contemplar el árbol que había crecido en el centro de la casa, y que rompía el techo, mostrando su majestuosidad. Aquel viejo roble, que alcanzaba los siete metros de altura, estaba rodeado de velas a punto de extinguirse. Luego de observar el árbol, le dio la cara a Elis, para decirle tranquilamente:

-Aun siendo los hijos del Chacal, el Señor no te abandona. Eres tú misma, con tus dudas y miedos, la que permites que la oscuridad se apodere de ti y te arrastre al infierno; donde, por el mismo terror y la ignorancia, no puedes volver a la luz. Y

es lo que está sucediendo con los pueblos; y lo que sucedió con tus hermanos, y con tu padre. Un instante de pánico y confusión, los alejó de la luz y la paz.

El corazón de Elis se agitó con aquellas palabras, que continuaron y finalizaron así:

-Lo que arrastra el infierno no llegará hasta ti, si tú permaneces aquí. Pero si por tu voluntad te vas, lo que te he contado, será poco a lo que te pasará, una vez que estés bajo el dominio de los hombres. Ninguno de nosotros puede obligarte a permanecer aquí. Eso depende de tu voluntad.

-No voy a salir. –afirmó rápidamente con un tono austero.

Con escucharla Caio se sintió complacido. Sin embargo, al notar su actitud que mostraba confusión, sabía que ella no estaba del todo segura de su decisión. Pero aun en las adversidades, Caio siempre encontraba un punto de fortaleza en la gente, que lo impulsaba a seguir creyendo en ellos. Y siendo así, fue que trató de ya no mostrarse autoritario con la hija de Samael.

-Levántate un momento, y sube a comer. –le invitó cordialmente, al ver el débil estado de Elis.

-No tengo hambre.

-Ve antes de que tu cuerpo se debilite, y pierdas la conciencia.

Sintiéndose exhausta, Elis le dio la razón, a aquel que consideraba como un padre; y se puso de pie. Pero justo en el instante, en que empezaba a caminar hacia el piso superior, el viento que estaba limpiando a Pueblo con grandes soplos, arrojó un penetrante olor a carne quemada. Elis tragó saliva al suponer a que se debía el asfixiante olor.

-¿Estarás aquí cuando vuelva? -Preguntó repentinamente, al sostenerse del respaldo de una de las bancas, porque la pestilencia de la carne humana la había mareado.

-No. Pero intentaré volver a tu lado lo antes posible. Pido porque la guerra no me aleje demasiado de ti.

Elis suspiró, pero no con tranquilidad. Momentos después, bajó la cabeza, para seguir caminando hacia los pilares, que servían de sostén y pared de la casa. Antes de subir por las escaleras de la esquina, observó por última vez a Caio.

A ese mismo instante, el cielo gris de Poeblo se iluminó por los truenos. La luz del cielo resplandeció aún más, cuando Caio se le acercó, para tomarla de la mano, y así poder asegurarle con absoluta seriedad.

-Hare lo posible, para evitar que Kira se te acerque. Por eso tardare en volver, porque no sólo me enfrentó a la guerra, sino a los cuatro Jinetes. Y los cuatro acompañan a Kira, por donde él se presente. Pero yo nunca he perdido la fé en nuestro Señor, y por eso, sé que no me vencerán.

Mientras Caio hablaba, Elis vio el gran resplandor, de una enorme estrella brillando en la lejanía, abriéndose un espacio en el inmenso remolino de nubes grises. Esa impactante imagen, y las palabras de excesiva esperanza del Guardia del Sur, le devolvieron un poco de confianza a la hija del Chacal.

Por estar admirando aquel astro de paz, Elis no se percató, en que momento, Caio se había marchado.

Tratando de resignarse a sus palabras, y a la serenidad que la estrella le había mandado, otra vez se puso en marcha hacia las escaleras que la conducirían a su

habitación. No obstante, cuando solamente había dado un par de pasos hacia ellas, nuevamente escuchó la desgarradora voz que pedía por su presencia:

Elis...

De inmediato, sintió como el frío aire de la madrugada se le clavó por todo su cuerpo. Al mismo tiempo, vio como las luces de las veladoras se apagaron repentinamente.

Presa del pánico, que una pequeña garra de oscuridad le enseñaba, Elis intentó tirarse al suelo para rezar. Pero al oír nuevamente al que la llamaba, impidió que siquiera pudiera cerrar los ojos. La inquietud y el temor la obligaron avanzar hasta salir de la casa.

Una vez que estuvo sobre el piso de piedras aplanadas, vio con horror las nubes que corrían furiosas en el cielo, y que la estrella, que esperanza arrojaba, había desaparecido tras éstas. El tiempo no transcurrió demasiado, para que también pudiera oír el clamor de la gente que caía en las desgracias de Pueblo. Angustiada, y en búsqueda de consuelo, Elis puso su mirada en la cruz de hierro, que servía de pararrayos; y que descansaba en el punto más alto de la construcción.

Pero los lamentos eran desgarradores, lo que rápidamente transformó su miedo en pánico.

Elis...

Al oír de nuevo el susurro de su nombre, dejó de mirar el pararrayos, para caminar lentamente, junto a la barda del ala oeste.

Elis...

La mujer siguió avanzando hasta subir la escalinata, que la llevaría al verde jardín que rodeaba la casa. Una vez que sus pies pisaron el pasto fresco, se detuvo.

Elis...

Aquel sonido que le helaba los huesos, y que creyó, que cesaría por el resto de la noche, ya no estaba en su mente sino en sus oídos. Tan clara y real, que opacaba el chiflido del viento.

-No... por favor... No...

Al arrodillarse, le dio la espalda al exterior, y repitió aquellas palabras de misericordia, constantemente. El sonido que arrastraba su nombre la obligó a girarse, para ver lo que había afuera de la reja, que delimitaba su casa del resto de Pueblo.

Del otro lado, percibió una sombra alargada y siniestra.

Elis sabía, que aquella imagen oscura, la estaba mirando solamente a ella.

No pasó mucho tiempo, para que el fuerte viento dejara asomar a una luna roja, permitiendo, que aquella figura tomara forma. Cuando Elis pudo ver con claridad quien la observaba, se puso lentamente de pie.

Al verse los dos de frente, ella sonrió y le extendió la mano. Pero la rapidez con que corría el aire, arrastró a las nubes, provocando que la luna se borrara.

La cima del Cerro del Purgatorio, y el siniestro visitante, se sumieron en la profunda oscuridad. En el instante en que esto sucedió, los pocos faroles dispersos en el jardín, se encendieron. En ese momento, Elis se echó a correr de vuelta hacia su casa.

El miedo no le permitió ver, que aquel hombre de pelo negro y largo, también sonreía mientras mantenía la mano estirada hacia ella.